

ron, finalmente, á casa del santo obispo Gregorio, que á su vista se llenó de alegría y abrazó á su sobrino vertiendo lágrimas. A Leon y á toda su familia manumitió para siempre y les dió en propiedad la tierra que le cultivaban.»

Es muy característico también para el conocimiento de la época y las costumbres, que el piadoso Gregorio no tuviera una palabra de reprobación para censurar tantas astucias empleadas á fin de alejar toda sospecha y recelo de la mente del bárbaro, como llama al amo franco, y despojarle de lo que muy legalmente había adquirido, con tal que el romano, el sobrino del obispo, recobrará su libertad.

Las noticias de los sucesos de Auvernia obligaron á Teodorico á retirarse de la Turingia antes de completar su conquista, y en el año 532 ahogó en sangre la sublevación, en la cual solo había tomado parte la población latina. Childeberto había abandonado ya entonces el país que había creído poder agregar al suyo y á instancias de su hermana Rotehilda se había dirigido con sus fuerzas contra el esposo de ésta, el rey visigodo Amalarico, que fué derrotado cerca de Narbona y murió poco después en Barcelona. Childeberto regresó de esta expedición con su hermana, que murió también luego, y con riquísimo botín, pero no es probable que entonces se quedara también con parte del territorio visigodo. Arcadio al saber la aproximación de Teodorico huyó á Bourges para ponerse bajo la protección de Childerico.

Habiendo Teodorico puesto término á la sublevación con la toma de Clermont, del castillo de Volorre (Lovantrum), en el departamento de Puy-de-Dôme al Sur de Thiers, y del de Marlzac, á dos leguas de Mauriac, éste por medio de un convenio, encargó el gobierno de aquel país, que quedó asolado, á su pariente Sigivaldo; pero tuvo luego que destituirle por los abusos á que se entregó, y para no formarle causa le asesinó. Lo mismo quiso que su hijo Teudeberto hiciera con el hijo de Sigivaldo, pero Teudeberto, muy al contrario, le facilitó la evasión y su traslación á Arles, que pertenecía á los visigodos, y de allí á Italia. «Sigivaldo, — dice San Gregorio, — cometió muchas iniquidades en el tiempo que estuvo en Clermont; despojó á muchos de cuanto tenían, y sus servidores hicieron lo mismo: robaban, mataban y cometían toda clase de maldades sin que nadie se atreviese á quejarse. Así también entró Sigiberto (para robar) en la quinta de Bougheat, que el difunto obispo Tetradio había dejado en su testamento á la basílica de San Julian; pero apenas hubo puesto el pie en la casa cuando perdió los sentidos y cayó; su mujer, avisada por el obispo, le hizo llevar en una litera á otra quinta y en seguida quedó restablecido. Entonces ella le dijo lo que había pasado, y cuando él oyó esto prometió al santo mártir devolverle el doble de cuanto le había robado y así lo hizo (1).»

(1) San Gregorio refiere este mismo milagro en su obra: *VIII libri miraculorum*. Véase lo que dice respecto de la toma por Teodorico de los castillos de Valorre y de Chastel-Marlhac. Del primero dice: «Allí fué miserablemente asesinado al pie del altar aquel sacerdote, Próculo, que tantos y tan grandes disgustos había causado en otro tiempo á su obispo Quintiano, porque como tesoro había quitado la administración de los bienes de la iglesia y apenas le había dejado los recursos más precisos para vivir; y yo creo que el castillo cayó en manos de los impíos para castigarle, porque cuando el enemigo vió que no podía tomar la plaza y se preparaba para marcharse, los sitiados se dejaron engañar y les pasó lo que dijo el apóstol: «Cuando digan: Hay paz, no hay peligro, les alcanzará la desgracia.» Así sucedió; un siervo de aquel mismo Próculo entregó el pueblo, descuidado y demasiado confiado, al enemigo; cuando éste se hubo llevado los prisioneros y destruido el castillo, cayó súbitamente un gran aguacero después de 30 años de sequía.

Respecto de Chastel-Marlhac dice el mismo historiador: «Se perdió por la cobardía de sus defensores, porque el castillo era inexpugnable por su situación, estando ceñido no por una muralla de cal y canto sino por una peña de mas de cien pies de altura; en el centro de la plaza hay

Poco después de estos sucesos alzóse un pretendiente contra Teodorico con una facción; llamábase Munderico y era pariente del rey, lo cual bastó para que encontrase partidarios, atendido que no había ley de sucesión definida para la corona. Todos los miembros varones de la raza régia eran aptos sin diferencia de grado para conducir la tribu, y el hecho de haberse ésta asociado á las demás tribus privadas de sus jefes y conquistado además aunque fuese toda la Galia, no modificaba en nada el uso tradicional antiguo, que nadie habría sido capaz entonces de invalidar. Cuando el hijo del jefe sucedía como tal á su padre era una casualidad, aunque frecuente, porque placía así á los hombres de la tribu, sin que esto impidiera que otros individuos de la misma familia procuraran ser aclamados en cualquier tiempo. Por eso cada pariente, miserable ó poderoso, parecía al jefe reinante un competidor peligroso á quien se debía exterminar á tiempo. Para formarse una idea algo exacta del estado social y político de aquel tiempo, hay que conocer bien la índole, las opiniones y el modo de expresarse del obispo de Tours, San Gregorio, que es el autor que nos suministra los datos referentes al imperio franco del siglo VI. Véase cómo nuestro historiador refiere el episodio del levantamiento de Munderico:

«Munderico, que se jactaba de ser de la misma estirpe que el rey, se llenó de orgullo y altanería y dijo: «¿Qué me quiere este Teodorico? Tengo tanto derecho como él al trono. Saldré, convocaré á los hombres de mi pueblo y les haré jurarme fidelidad á fin de que Teodorico sepa que soy tan rey como él.» Salió en efecto y empezó á atraerse á su pueblo diciendo: «Soy jefe real (princeps), seguidme á mí y estareis bien.» Mucha gente baja le siguió porque el hombre es débil, le juró fidelidad y le respetó y acató como jefe. Cuando lo supo Teodorico, envióle á decir: «Ven, y si algún derecho tienes á mi poder real, tómallo.» Astuto y traidor como era pensaba matarle si acudía al llamamiento, pero Munderico no quiso ir, diciendo á los mensajeros: «Idos y decid á vuestro rey que yo soy tan rey como él.» Entonces convocó el rey á su huerte para someterle y castigarle á la fuerza; y cuando el otro lo supo, vió que no tenía bastante fuerza para sostenerse en su puesto, y se retiró con todo cuanto tenía al castillo de Vitry (2) (Victoriacum), resuelto á defenderse allí con todos los que habían tomado su partido. La huerte del rey se puso en camino, cercó la plaza y la sitió durante siete días. Munderico se defendió con los suyos y les dijo: «Luchemos con valor y unidos hasta la muerte y no nos rindamos.» Cuando el ejército sitiador vió que con los proyectiles que arrojó de todos lados al castillo nada conseguía, lo hizo saber al rey y éste llamó á uno de los suyos llamado Aregisilo y le dijo: «Ya ves cómo el desleal continua victorioso en su empeño; anda, y prométele bajo juramento libre salida; y si acepta y sale le matarás y borrarás así su memoria de nuestro imperio.» Aregisilo partió é hizo lo que se le había mandado, pero antes se había entendido con su gente diciendo: «Cuando haya dicho tal y tal cosa, caeréis sobre él y le mataréis.»

un estanque de agua hermosa y clara, y además hay manantiales tan abundantes que forman un arroyo que pasa por la puerta de la ciudad. El recinto fortificado es tan grande, que los habitantes cultivan y recogen abundantes frutos sin salir fuera. Confianza en esta seguridad, cincuenta hombres de la guarnición hicieron una salida para hacer botín y meterse con él otra vez dentro, pero los enemigos los coparon, les ataron las manos á la espalda y los condujeron así en frente de la plaza á fin de que les vieran los habitantes, con las espadas desnudas sobre sus cabezas. Entonces ofrecieron éstos capitular y pagar por cada prisionero por vía de rescate un tercio de sueldo de oro,» (ó sean diez reales poco más ó menos, solo que entonces el dinero valía á cantidad igual de metal, diez á doce veces más que hoy).

(2) No se sabe si fué Vitry-le-Brulé, en la Champaña, ó Vitry cerca de Clermont.

Convenido esto, entró en el castillo y dijo á Munderico: «¿Cuánto tiempo piensas continuar encerrado aquí como hombre que ha perdido el juicio? ¿crees poder resistir mucho tiempo todavía al rey? Mira, cuando te haya cortado los víveres, te vencerá el hambre y tendrás que salir, caerás en manos de tus enemigos y te matarán como un perro. Oye, toma mi consejo, sométete al rey á fin de que salves la vida y la de tus hijos.» Estas reflexiones ablandaron á Munderico, que objetó: «Si salgo me prenderá el rey y me mandará matar á mí, á mis hijos y á todos los amigos que están conmigo;» á lo cual contestó Aregisilo: «No temas; cuando quieras dejar la plaza, te haré juramento solemne de que tu culpa quedará olvidada, y te podrás presentar al rey sin cuidado. No temas, pues, porque estarás con él como estuviste antes.» A esto respondió Munderico: «¡Si solamente estuviese seguro de que no me había de matar!..» Entonces puso Aregisilo las manos sobre el sagrado altar y juró á Munderico que podría marcharse con toda seguridad. Confiado Munderico, en el juramento salió del castillo dando la mano á Aregisilo, en el cual tenía fija la mirada su gente armada, que estaba á alguna distancia. Entonces dió Aregisilo la señal convenida, diciendo: «¿Qué mirais tan fijamente aquí? ¿No habeis visto nunca á Munderico?» Al instante se precipitaron sobre éste, que dijo: «Claramente veo que estas palabras son una señal para que venga tu gente á matarme, pero te aseguro que ya que me has engañado con tu juramento falso no te verá ya nadie vivo,» y diciendo esto, le lanzó su venablo y le atravesó el pecho. El traidor cayó y murió, y Munderico y los suyos desenvainaron sus espadas é hicieron una gran matanza. Hasta su último aliento derribó Munderico á cuantos llegaron á su alcance: pero al fin murió, y el rey confiscó cuanto tenía.»

Por aquel mismo tiempo los dos hermanos de Teodorico, Clotacaró y Childeberto, emprendieron una nueva campaña, la tercera, contra los borgoñones, cuyo territorio separaba el imperio franco del de los godos en el Sudoeste de Francia. Invitaron á Teodorico á asociarse á la empresa, pero éste se excusó sin que se sepan los motivos. Sin embargo los francos todos eran tan ávidos de botín y de pillaje, y tan independientes se consideraban individualmente, que los de Teodorico le declararon que si no marchaba con sus hermanos contra los borgoñones le dejarían y se irían con ellos. Teodorico para acallarlos, porque ningún poder ni derecho tenía para obligarles á someterse á su voluntad, ni menos á castigarlos por su rebeldía, pues para ellos solo era el jefe guerrero de la tribu ó de las tribus que querían reconocerle por tal, les propuso conducirlos á la rica Auvernia, siempre dispuesta á sublevarse contra sus dueños bárbaros, donde podrían, es decir, en los propios dominios del rey, saciar su sed de botín y de matanza, y así se hizo.

Clotacaró y Childeberto invadieron el territorio de los borgoñones; sitiaron á Autun (Augustodunum), derrotaron al rey Godomaro, que huyó y del cual desde entonces nada volvió á saberse, y se repartieron en el año 532 el territorio. Dos años después tocó también una parte de éste á Teudeberto, hijo de Teodorico; porque si no había tenido intervención directa en esta guerra, había marchado al mismo tiempo con Guntaro, el hijo mayor de Clotacaró, contra los visigodos, para volverles á arrebatar las comarcas que Clodoveo había conquistado y que los visigodos habían recobrado después de su muerte. Guntaro atravesó la Auvernia y llegó hasta Rhodéz (Ruthenus), desde donde se volvió atrás, no se sabe por qué motivo, acaso porque su padre le llamara para que no trabajara á favor de Teudeberto, que llegó hasta Beziers y tomó y saqueó á Diou (Castrum Deas). El castillo de Cabriere (Capraria) se le entregó á instancias de Deuteria, mujer

hermosa que dejó á su marido para marcharse con Teudeberto. Este tuvo que interrumpir su carrera victoriosa y volver á toda prisa á su país al saber que su padre estaba muy enfermo, y le urgía encontrarle vivo, pues de otro modo era seguro que sus tíos acudirían y se repartirían su herencia. Poco faltó para que así sucediera; pero con regalos robusteció la fidelidad de sus francos y con su auxilio pudo mantenerse en el trono desde el año 534 hasta 548.

Teudeberto era, como todos los de su raza, desenfadado en los placeres materiales, codicioso, ciego, inucio y sin conciencia. Todo su sistema de gobierno consistía en traiciones, falacia y tropelías brutales, sin ser precisamente protervo, porque cuando su concupiscencia no entraba en juego tenía alguno que otro arranque ó asomo de generosidad. Se llevó á Clermont á aquella Deuteria que le facilitó la toma del castillo de Cabriere (1), y por amor suyo no se casó con Visigarda, hija del rey longobardo Wajo, á pesar de estar formalmente desposado con ella, hasta que al cabo de siete años los francos, indignados, tomaron una actitud amenazadora. Entonces abandonó á Deuteria y al hijo Teodebaldo que ésta le había dado y se casó con Visigarda.

«Cuando Childeberto vió, dice San Gregorio, que no podía desposeer á su sobrino, cambió completamente de actitud; invitó á Teudeberto á su casa, le adoptó por hijo (porque él no tenía hijos) y le colmó de tantos regalos que todo el mundo quedó admirado, porque de todas las preciosidades que tenía, armas, vestidos y otros adornos que un rey necesita, le dió tres pares, y lo mismo hizo respecto de sus caballos, de los cuales le dió tres y además tres fuentes de metal preciosas;» esto para vivir con el fausto que le correspondía y para hacer regalos á sus francos, que, ávidos é insaciables como eran, no había otro medio, fuera de expediciones de pillaje, de tenerles contentos y adictos. San Gregorio alaba mucho á Teudeberto, diciendo de él: «Se mostró hombre grande y eminente en las virtudes; dirigió sus dominios con justicia; honraba al clero, hizo donativos á las iglesias, socorrió á los pobres, hizo bien á muchos y era piadoso y benigno; así perdonó á las iglesias de la Auvernia todos los impuestos.»

Esta liberalidad para con las iglesias y el respeto que Teudeberto mostró al clero explican el juicio favorable del buen obispo de Tours; pero la misma conducta habían observado ya Clodoveo y todos los jefes francos tan luego como hubieron comprendido el poder de la Iglesia, á quien tenían y que les ayudaba á sostenerse en su posición de jefes ó reyes en frente de sus francos indómitos y de la población latina. A su vez y á falta de otros eran también los mejores instrumentos de la Iglesia, entonces el único poder inteligente y el mejor y más sólidamente organizado, con cuyos representantes, obispos y curas, debían estar siempre en buenas relaciones para contar con su apoyo y hacerse tolerables (2).

(1) Esta Deuteria tenía una hija de su esposo legítimo á la cual se llevó consigo á Clermont. Cuando la vió desarrollada, con todos los atractivos de la juventud, temió que Teudeberto la tomase también por concubina, y para evitarlo la hizo colocar en Verdun en un carro unido con toros silvestres que luego emprendieron una carrera vertiginosa y se precipitaron con el carro y la joven desde el puente al río Mosa, donde perecieron con gran satisfacción de la madre, á la cual no perjudicó en nada esta iniquidad.

(2) Así es que si bien Teodorico, el padre de Teudeberto, había hecho mucho mal al obispo Desiderio de Verdun, á quien tuvo largo tiempo preso, guardó en cambio grandes consideraciones cuando la sublevación de la Auvernia á la ciudad de Clermont, á la cual castigó menos con exacciones y saqueos que al resto del país por temor á sus iglesias y al obispo Quintiano. A éste le dió la mitra de Clermont para indemnizarle de su expulsión del obispado de Rhodéz, que sufrió por ser amigo de los francos. Había nombrado antes obispo de Rhodéz á Apolinar, hijo del escritor y padre de Arcadio, á instancias é intrigas de su madre Placidina



De todo lo que refiere San Gregorio se desprende que aquellos reyes nombraban á los obispos, sin que á nadie ocurriera disputarles este derecho, y el obispo de Tours se queja únicamente de la manera que tenían de ejercerlo y de su elección á veces injusta. De Teudeberto cuenta también algunos rasgos de generosidad, diciendo que su clemencia y bondad eran conocidas de todo el mundo. Cuando su pariente y padrino Sigivaldo, á quien su padre le había encargado matar, regresó de Italia, á cuyo país él mismo le había facilitado la fuga, como hemos referido poco há, recibióle con cariño, besóle y le dió la tercera parte de los regalos que había recibido de Childebarto y, además, los bienes confiscados de su padre. A los ciudadanos completamente arruinados de Verdun adelantó, cediendo á las súplicas del obispo de la misma ciudad (1), 7,000 sueldos de oro (2), á fin de que pudiesen continuar sus negocios y hacer valer el capital, como sucede en otras ciudades, y cuando éstos con la suma prestada habían realzado su comercio á tanta altura que todavía hoy (por el año 590) gozan de gran fama, quiso el obispo devolver al rey la suma prestada con los intereses de ley, pero el rey no admitió y dijo que no necesitaba el dinero y que se alegraba de que los pobres, por la intercesión del obispo y con aquel socorro, hubiesen recuperado su prosperidad.»

Teudeberto y su tío Childebarto, una vez íntimamente aliados, resolvieron arrojar de consuno sobre Clotacaro, quizás por el año 534 ó según otros en 542, sin que se sepa el motivo, que probablemente no sería sino el instinto de pillaje, único móvil capaz de hacer abandonar á aquellos bárbaros su vida de excesos, aunque se tratase de despojar á los miembros de su familia. Oigamos á nuestro historiador, el obispo de Tours:

«Childebarto y Teudeberto reunieron sus huestes y se prepararon para marchar contra Clotacaro, y éste al saberlo, viendo que no era bastante fuerte para hacerles frente, huyó y se internó en un bosque (según la *Gesta regum Francorum*, el bosque de *Arelaunum*, en una península del Sena inferior), donde se parapetó con troncos y ramas de árboles, poniendo toda su esperanza en la ayuda de Dios. La reina Rotehilda (su madre), al saber lo que ocurría, corrió al sepulcro de San Martín (en Tours), donde se prosternó y pasó toda la noche orando y suplicando á Dios que impidiese la guerra fratricida entre sus hijos. Teudeberto y Childebarto llegaron con sus huestes, cercaron á Clotacaro y dispusieron

de su hermana Alcuina, pero Apolinar murió á los pocos meses. Las mujeres, como mas débiles y necesitadas de amparo contra la brutalidad de los hombres, se inclinaban á la Iglesia, como puede pensarse, y eran excelentes agentes del clero.

Childebarto también regaló á sus iglesias y conventos 60 cálices, 15 fuentes y 20 cofrecitos para Evangelios, todo de oro puro y engastado con piedras preciosas, parte del botín que había hecho en las iglesias arrianas y católicas de la Septimania. San Gregorio le alaba mucho por esto, pues podía haber hecho romper y fundir estas alhajas, como hasta entonces había sido costumbre de los francos.

Clodomiro en cambio merece del citado historiador un juicio muy severo porque no hizo caso de la solicitud del abad de Micy (Miciacum), hoy Saint-Mémin-de-Micy, á dos leguas de Orleans, sacerdote muy venerado en su tiempo, que le pedía la vida de Segismundo, rey de los borgoñones, y de su familia, á quienes Clodomiro había hecho prisioneros. La contestación que dió al santo abad fué que el exterminio de los enemigos era un remedio mas eficaz que la bendición divina. Su muerte, que ocurrió poco después, y la de sus hijos, que murieron asesinados á manos de su tío, fué considerada por el clero como un justo castigo de Dios.

(1) Que había sido despojado de cuanto poseía por Teodorico, el padre de Teudeberto, y no podía socorrer á sus conciudadanos con sus propios recursos, dice San Gregorio, que reconocía este deber en los obispos y lo practicaba fielmente.

(2) Aproximadamente 52,500 pesetas, que valían entonces lo que hoy 600,000 pesetas con corta diferencia.

la manera de matarle al día siguiente; pero cuando amaneció se levantó donde ellos estaban una tempestad que derribó sus tiendas, se llevó todo su bagaje y volvió todo de arriba abajo: rayos, truenos y granizo cayeron sobre ellos sin parar. Ellos mismos se arrojaron boca abajo al suelo, cubierto de granizo, sin mas abrigo que sus pequeños escudos de jinete, por lo cual les lastimaron mucho las piedras que caían. Lo que mas les espantó fueron los rayos del cielo. Sus guerreros á caballo se dispersaron y solo se volvieron á encontrar en parte á veinte estadios de distancia (cerca de cuatro kilómetros), y muchos no se volvieron á ver mas en ninguna parte. Entonces los dos hermanos y los que habían recibido echados en tierra las piedras del granizo hicieron penitencia y pidieron perdón á Dios por haber querido ir contra su propia sangre. Sobre Clotacaro no había caído una sola gota de lluvia ni se había oído cerca de él un solo trueno, ni siquiera había sentido un soplo de aire. Entonces sus hermanos (hermano y sobrino) le enviaron mensajeros solicitando paz y concordia, y cuando la hubieron obtenido regresaron á su país. ¡Que nadie dude ahora que fué San Martín quien hizo este milagro, cediendo á las súplicas de la reina!» «La reina Rotehilda murió cargada de años y de buenas obras en la ciudad de Tours (3). El cadáver fué conducido, cantando el acompañamiento salmos, á París, y depositado al lado del rey Clodoveo, debajo del altar mayor de la iglesia de San Pedro, por sus dos hijos los reyes Childebarto y Clotacaro en persona. Esta iglesia había sido construida por la misma reina Rotehilda y en ella encontró después la bienaventurada Genoveva su último descanso.»

Desde el año 535 hasta 555 estuvieron los reyes francos bastante ocupados con motivo de la lucha entre los emperadores de Oriente y los ostrogodos en Italia, porque allí su rapacidad y su desconocimiento de toda ley vieron ocasiones magníficas de arrancar de ambos contendientes, con falaces y solapadas promesas de auxilio, oro y territorio, amén de otras ventajas para satisfacer á sus turbulentos guerreros.

A la muerte de Teodorico el Grande habían ya echado su codiciosa mirada á los territorios ocupados por los ostrogodos en el Mediodía de la Galia y meditado algun ataque contra el heredero de aquel, Atalarico, que por sus pocos años no podía ser un enemigo peligroso; pero entonces los merovingios tuvieron que contentarse con la corta campaña contra los visigodos en 532, de la cual hablamos en su lugar.

Los motivos ó pretextos que según San Gregorio produjeron la intervención de los reyes francos en Italia son pura fábula, á excepcion de algun hecho positivo ramificado hasta el infinito por la leyenda popular y eclesiástica. Trazaremos á grandes rasgos esta historia confusa: Amalasuinta (Amaluntha), hija de Teodorico el Grande y de Audefleda (Odo-fleda), hermana de Clodoveo y madre del sucesor de éste, Atalarico, que murió cinco ó seis años después de su abuelo á consecuencia de excesos de gula, vino y mujeres, á la temprana edad de 16 años, había huido con un servidor y amante suyo, llamado Tragula; pero su madre Audefleda los persiguió y después de haber tomado la ciudad donde se habían refugiado y de haber mandado matar á Tragula, hizo castigar duramente á su hija y conducirla otra vez á su presencia. Para vengarse, Amalasuinta envenenó á su madre con el vino eucarístico, porque los arrianos tomaban la Eucaristía bajo las dos especies, y para la familia real había un cáliz expreso que no servía para el vulgo; de modo que era fácil verter en él en cualquiera ocasión algun veneno. Muerto su hijo, tomó Amalasuinta por amante y co-regente á su primo

(3) En tiempo del obispo Injurioso, por el año 545. Este obispo murió probablemente en el año 546.

Teodahado (Teodato), que se titulaba rey de Tuscia, el cual, á instigación del emperador de Constantinopla, la hizo estrangular en el baño. Con este crimen se atrajo la enemistad de los reyes francos, primos de la víctima, los cuales pidieron, según uso tradicional de los germanos, una indemnización de 50,000 sueldos de oro por el asesinato, bajo amenaza de guerra en caso de no pagarse esta cantidad. El clero católico se apoderó de este suceso para explotarlo á su manera á favor de la religión católica contra la arriana, conforme se desprende de la observación del historiador, que añade: «No cabe duda que este envenenamiento fué obra del demonio. ¿Cómo negarán, pues, estos herejes miserables que el demonio se introduce hasta en sus actos sagrados? Nosotros, que confesamos la Trinidad en tres personas y una misma naturaleza divina y omnipotencia, aunque bebamos veneno (en la Eucaristía) en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, del Dios único é imperecedero, quedamos ilesos.»

Es muy posible que los merovingios hubiesen arrancado al cobarde Teodahado una suma crecida para no excitar contra sí nuevos enemigos cuando ya estaba espantado de tener que habérselas con las fuerzas bizantinas, que también al parecer pretendían vengar el asesinato de Amalasuinta.

Esta fué, pues, la mina que los reyes francos explotaron, no por cálculo, porque á tanto no llegaban su sagacidad y talento, sino porque los dos contendientes, el emperador Justiniano y Teodahado, les abrieron los ojos. El primero les envió ricos presentes en dinero sonante y les prometió nuevas remesas si hacían con él causa comun contra Teodahado y tan luego como hubiesen prestado su auxilio armado de una manera positiva. «Los tres reyes aceptaron con avidez,» dice San Gregorio; pero cuando Teodahado supo que Belisario estaba con sus bizantinos en marcha para atacarle, ofreció también á los mismos francos 2,000 libras de oro y la cesión de la Provenza si querían tomar su partido, cosa que indudablemente habrían hecho también si Teodahado no hubiese sido declarado fuera de ley y muerto en el curso de la negociación.

A Teodahado (Teodato) sucedió Vitico, que continuó las negociaciones con los reyes francos y obtuvo de ellos la promesa de su auxilio armado; pero como acababan de venderlo también al emperador bizantino, convinieron con Vitico en que enviarían á su socorro tribus de otros pueblos dependientes de ellos, á saber, borgoñones y alemanes, á fin de poder afectar que ellos nada tenían que ver con estos invasores y evitar así, puerilmente por cierto, que el emperador Justiniano les acusase de duplicidad. En cambio de este auxilio les cedió Vitico los territorios de la Provenza ocupados por los ostrogodos en la Galia, para poder emplear las fuerzas que allí tenía en Italia contra Belisario, como lo hizo. Entonces debieron de ocurrir las invasiones de las hordas de borgoñones y alemanes, que según la tradición asolaron la Italia septentrional y en 538 ayudaron á los ostrogodos á apoderarse de Milan.

El emperador Justiniano, creyendo ó fingiendo creer en la lealtad de los francos y en el cumplimiento de lo pactado, confirmó como emperador la cesión de la Provenza, que se repartieron Childebarto y Clotacaro.

Entonces, al parecer por el año 538, los ostrogodos se vieron también obligados á abandonar al rey franco Teudeberto, hijo de Teodorico y nieto de Clodoveo, los territorios de los alemanes que Teodorico el Grande había tomado bajo su protección y establecido en la Retia; por manera que quedaron incorporados al reino franco de Teudeberto todos los alemanes, extendiéndose la llamada Austrasia por el Mediodía desde el Ródano hasta el lago de Constanza.

Ocioso es decir que los reyes francos trataron de estafarse

mútamente cuando tuvieron que repartirse las para ellos grandes sumas que habían arrancado á los godos de Italia. Con el oro pagado por Teodahado se habían quedado Childebarto y Teudeberto; pero Clotacaro, viéndose burlado, se apoderó del tesoro del difunto Clodomiro, que le valió mas á él solo que lo que se habían repartido aquellos dos juntos. A juzgar por las muchas monedas de oro que se han conservado de Teudeberto, que fué el primer rey bárbaro en la Galia que sustituyó en las monedas su nombre al del emperador, debió de ser muy grande el botín que los francos reunieron.

En el año 539 la codicia impulsó á Teudeberto á invadir en persona con una gran hueste de 100,000 guerreros la Italia, resuelto á engañar á ambos beligerantes, godos y bizantinos, haciendo ver á cada uno que acudía á auxiliarse, mientras solo miraba por sí. Siendo los godos los primeros á quienes encontró en su camino, consiguió con este ardido grosero que le dejaran pasar el Po cerca de Pavia y le recibieran en su campamento de la otra orilla con gran regocijo como aliado y auxiliar poderoso; pero fué grande su terror cuando los francos contestaron echándose sobre ellos y haciendo una espantosa carnicería. Huyeron en esta ocasión los que pudieron, y Teudeberto les persiguió hasta que encontró una división de bizantinos, á la cual atacó y derrotó igualmente. Así llegó hasta mas allá de Bolonia, cerca de Rávena, donde epidemias provocadas por la incontinencia de su hueste causaron tan grande mortandad en ella, que unidas á las amenazas de Belisario, que se preparaba para castigarle por su traición infame, decidieron á Teudeberto y á sus adalides francos á emprender la retirada á la Galia. En esta retirada probablemente tomó y saqueó Génova, como ya referimos en la primera parte de esta obra. Esta hueste feroz se componía principalmente de guerreros francos, porque no usaban arcos ni lanzas sino espada y escudo, y sobre todo el hacha doble, su arma nacional, con mango corto, que arrojaban al escudo del adversario para hacerle astillas y atacarle después mejor con la espada. Solo el rey y su acompañamiento montaban caballos y llevaban lanzas. Aunque convertidos exteriormente al cristianismo, continuaban siendo los mismos bárbaros inaccesibles á toda idea de ley, de fidelidad y rectitud, y hasta conservaban y practicaban las antiguas costumbres de sacrificios humanos en ocasiones solemnes para hacerse propicia la fortuna. Cuando por medio de una traición inaudita atravesaron el Po, degollaron á las mujeres y á los niños de los ostrogodos que pudieron encontrar y arrojaron sus cadáveres al río como primicias de la campaña. Esto sin contar otros usos, como la adivinación y los agüeros, que no habían dejado de practicar.

No se retiró, sin embargo, Teudeberto sin dejar guarniciones bajo el mando de los jefes Bucilino ó Butilino, Haming y Lantacaro, en muchas ciudades y castillos, especialmente en el Veneto, donde los godos conservaron muy pocos puntos y los bizantinos solamente las plazas marítimas. En la Liguria y en los Alpes Cotios conservó Teudeberto también plazas fuertes. Entabló con Vitico nuevas negociaciones solo ó con los reyes francos, sus parientes; pero Vitico, que trató directamente con Belisario rechazó los ofrecimientos de aquella gente informal y falaz. Con Totila, el sucesor de Vitico, hizo después un convenio en virtud del cual los dos dividirían entre sí los territorios de los ostrogodos tan luego como hubiesen vencido á los bizantinos.

Mientras así trabajaba Teudeberto por apropiarse el Norte de Italia, en el año 542 Childebarto y Clotacaro emprendieron una campaña, que no tuvo éxito, contra el rey visigodo Teudis. Los francos sitiaron á Zaragoza, pero San Vicente, cuya túnica pasearon los sitiados en procesión solemne por